

las características peculiares que el estudio funcionalista de los grupos sociales europeos lleva implícito. En el esfuerzo por llevar a cabo esa adaptación no sólo le corresponde a Caro Baroja una parte importante, sino que también desempeña un papel de vanguardia desde el punto de vista temporal.

Para mejor evaluar la innovación que supone el estudio funcional de grupos europeos y el énfasis en la atención que dentro del mismo se debe dar a la historia, basta recordar que ideas similares a las que Caro Baroja empieza a llevar a la práctica desde la segunda mitad de la década de los cincuenta, habían sido formuladas de forma teórica por Evans Pritchard a comienzos de esa misma década. En su conferencia de 1950 sobre «Antropología social: pasado y presente», postula el autor británico la necesidad de extender la investigación histórica a los estudios funcionalistas que se venían haciendo en su época, máxime cuando se estaban empezando a estudiar

comunidades que, si bien todavía de estructura simple, están encerradas en, y forman parte de, grandes sociedades históricas, como es el caso de las comunidades rurales de Irlanda o de la India, de las tribus árabes beduinas o de las minorías étnicas en América y en otras partes del mundo⁸.

Esta conferencia y la actitud que manifiesta hacia la historia por parte de Evans Pritchard es tanto más importante cuanto que en ella no sólo aparece formulada una propuesta teórica similar a la que Caro Baroja defenderá y llevará a la práctica con posterioridad, sino que también parece encontrarse en la misma el nombre de la subdisciplina bajo la que el autor de *Los Baroja* situará en el futuro el trabajo que realiza: la historia social. Como afirma el propio Evans Pritchard, los problemas del historiador y los del antropólogo se diferencian más que por aspectos básicos, por el énfasis que cada uno de ellos pone en condiciones sincrónicas o diacrónicas. Desde este punto de vista, la historia social es la disciplina que englobaría el trabajo de un antropólogo ocupado en el desarrollo histórico de una sociedad:

Cuando el historiador fija su atención exclusivamente en una cultura particular y en un período determinado y limitado de su historia, produce lo que podríamos llamar una monografía etnográfica (*La Cultura del Renacimiento*, de Burckhardt, es un ejemplo sorprendente). Cuando, por otra parte, un antropólogo social escribe acerca del desarrollo en el tiempo de una sociedad, escribe un libro de historia, distinto, es verdad, de la historia narrativa y política corriente, pero en lo esencial el mismo que redactaría un historiador social. A falta de otro, puedo citar como ejemplo mi propio libro *The Sanusi of Cyrenaica*⁹.

II. La aplicación del método

La práctica del estudio histórico-antropológico de las minorías étnicas y culturales constituye no sólo una importante innovación en el panorama

⁸ E. E. Evans Pritchard, *Ensayos de antropología social*. Madrid. Siglo XXI, 1978, pp. 4-23. Cita en p. 14. Sobre la influencia de este autor en las biografías históricas de Julio Caro Baroja, véase F. Castilla Urbano, «Sobre la 'Nueva Historia': autobiografía, biografía e historias de vida en la obra de Julio Caro Baroja», en *Antropología. Revista de pensamiento antropológico y estudios etnográficos*, 4-5 (marzo-octubre de 1993), pp. 163-192.

⁹ E. E. Evans Pritchard, *ibidem*, pp. 17-18.

español de la época, sino que enlaza directamente con las ideas más renovadoras que se estaban produciendo en el campo de la antropología fuera de nuestro país. Estos méritos son atribuibles a Julio Caro Baroja, y su enunciación en forma de ideas más o menos elaboradas puede remontarse al año 1955.

En un artículo publicado en ese año, «La investigación histórica y los métodos de la etnología (morfología y funcionalismo)», Caro Baroja propone sustituir el análisis morfológico que venía imperando en la investigación histórica por el funcional. Se basaba para ello en las insuficiencias que el primero venía presentando cuando se aplicaba a la historia; algunas de las más importantes serían:

a) La esquematicidad y falta de precisión con que los historiadores solían aplicar el método morfológico. De esta forma se forzaba la caracterización de los hechos, estableciéndose «homologías» donde apenas se podían señalar analogías superficiales o ajenas al dominio histórico. Algunas de estas homologías encuentran su ámbito de aplicación más generalizador en el lenguaje. Caro Baroja cita entre las más frecuentes el uso de términos característicos de la historia europea (capitalismo, republicanismo, etc.) o de la historia de sociedades particulares (por ejemplo, el totemismo), para designar fenómenos de culturas antiguas o lejanas. También se comete este error cuando se equipara lo que en épocas y lenguas diversas recibe un mismo nombre (por ejemplo, la hechicería a la que alude un texto del siglo XVI y un tratado de historia de las religiones actual).

b) El método morfológico implica el uso generalizado del método comparativo. Pero se ha llegado a exagerar de tal forma su aplicación que se desprecia lo que no es susceptible de ser relacionado.

c) El método morfológico, influido en exceso por una concepción evolutiva de la investigación, se ha interesado de forma exagerada por los orígenes de lo que estudia (el lenguaje, la religión, la técnica, etc.). Estas cuestiones carecen de una solución que pueda extenderse más allá de la mera conjetura; en consecuencia, parece más acertado dirigir la investigación histórica hacia ámbitos en los que sea factible obtener resultados más satisfactorios¹⁰.

Julio Caro Baroja estima que se podría conseguir una auténtica revolución en la historia si se aplicaran a la misma las técnicas funcionalistas y estructurales de las que venían haciendo uso los etnólogos. Esta labor está lejos de ser una tarea especulativa, como la que llevaron a cabo los que pretendían reconstruir la historia de las sociedades primitivas sin poseer datos suficientes para ello; más bien trata de aprovechar los documentos que existen acerca de numerosas sociedades para explicar su funcionamiento en distintos momentos del pasado. De esta forma, la observación participante del antropólogo entre los grupos que estudia cede el paso a

¹⁰ J. Caro Baroja, «La investigación histórica y los métodos de la etnología (morfología y funcionalismo)», en *Revista de Estudios Políticos*, 80 (1955), pp. 61-82. Reproducido en *Razas, pueblos y linajes*, edón. cit., pp. 17-37. Para lo anterior, pp. 27-29.

un análisis pormenorizado de las diversas fuentes que proporcionan información sobre la sociedad pretérita. El resultado de esta acción es la historia social a la que aludirá con posterioridad Julio Caro Baroja.

La historia social resulta ser, pues, una antropología de sociedades lejanas en el tiempo en lugar de una antropología de sociedades que nos son contemporáneas. Sin embargo, esta diferencia no sólo dista de ser esencial, sino que aparece el complemento perfecto para el estudio antropológico de las sociedades con historia. Prestar atención al funcionamiento de un grupo determinado sin recurrir a la historia de la que es producto puede ser una acción inevitable cuando el estudio sobre el terreno se desarrolla durante un corto período de tiempo, cuando no existen fuentes escritas acerca de su pasado, o cuando la tradición que ampara esa sociedad posee un carácter mítico inconfundible. La historia de un grupo semejante sería por fuerza conjetural. Malinowski tenía razón cuando criticaba este tipo de construcción histórica. Pero actuar de igual forma con sociedades cuyo pasado es cognoscible gracias a documentos que poseen siglos de antigüedad, equivale a dar por supuesto de antemano la ineficacia de unas aportaciones que pueden ser sumamente valiosas¹¹. En el estudio diacrónico de las sociedades, la historia social ofrece las mismas garantías científicas que la antropología social al ocuparse de su análisis sincrónico.

Aunque el transcurso del tiempo ha venido a demostrar que el análisis diacrónico puede efectuarse en sociedades que con anterioridad parecían negar esta posibilidad, no cabe duda que esta división en la aplicación del método funcionalista conduce también a una diferenciación del objeto estudiado. El objeto preferente de la historia social son las sociedades y grupos europeos sobre los que se posee abundante documentación histórica; la antropología social, por el contrario, investigaría sobre sociedades extraeuropeas, de las que hasta hace muy poco se consideraba que no existían testimonios históricos fiables o suficientes. Otra forma de expresar las semejanzas y las diferencias entre ambas disciplinas, es considerar que la historia social es una antropología social cuyo centro de interés está constituido por sociedades complejas o por grupos insertos dentro de éstas.

Estas preocupaciones metodológicas, cuya coincidencia con las expresadas por Evans Pritchard es obvia, se repiten constantemente en los textos que Caro Baroja escribe sobre minorías étnicas y culturales. En el prólogo a la primera edición de *Los moriscos del reino de Granada*, obra que lleva el significativo subtítulo de «Ensayo de Historia Social», se inscribe el contenido que sigue dentro de la denominada historia descriptiva. A diferencia de los historiadores que se imponen como tarea juzgar sobre lo que ha ocurrido en el pasado, aquélla pretende describir. Sin embargo, existen muchas formas de historia descriptiva, como las que se articulan en torno a deter-

¹¹ J. Caro Baroja, *ibidem*, p. 34: «cuando el investigador tiene a su alcance observaciones fidedignas reunidas por otros, datos sobre las generaciones que vivieron antes en el país que estudia, no hay razón para no utilizarlos».

minadas formas artísticas o escuelas filosóficas, que no cumplen las condiciones exigibles para un estudio de historia social. La mera descripción no basta; lo que caracteriza a los historiadores sociales es que pretenden «describir una serie de hechos ocurridos en tiempo no muy largo y espacio reducido, siendo los protagonistas más comunidades que individuos»¹².

Si se distingue entre la organización social como relaciones entre elementos que constituyen la sociedad, y la estructura social, como posición de los individuos y grupos dentro de ese sistema de relaciones, el historiador social se ocupa de lo segundo. En el caso concreto de la obra que nos ocupa, lo que esto quiere decir es que no basta con describir el sistema familiar, las formas de asociación, los oficios, la indumentaria o los mismos cultos que practicaban los moriscos cada uno por sí, independientes de los rasgos equivalentes que poseía la sociedad formada por los cristianos viejos: «lo que hay que ver es qué significan en conjunto, cómo se articulan entre sí, qué configuración general dan a la sociedad mixta morisco-cristiana y qué conflictos y tensiones producen». En definitiva, el objetivo no es ocuparse de monumentos o de grandes figuras, sino que posee a la vez carácter histórico y antropológico: ver cómo se desenvuelve a lo largo del tiempo la vida de varias generaciones de moriscos «observadas en plena función»¹³, y en relación a la sociedad cristiana dentro de la que conviven.

El método característico de la historia social resulta ser, por tanto, el mismo que practican numerosos antropólogos cuando se ocupan de sociedades con historia. De hecho, se puede decir que lo que comienza a hacer Julio Caro Baroja en *Los moriscos del reino de Granada* es adaptar las técnicas de la antropología a un estudio de carácter histórico. Este programa teórico se ve profundizado con posterioridad. La influencia de los métodos antropológicos sobre la historia social se manifiesta abiertamente en *Las brujas y su mundo*: «Éste es un libro histórico en esencia. Pero, aparte de contener algunos capítulos finales con datos relativos a personas y comunidades actuales, se ha nutrido de las experiencias de los antropólogos modernos»¹⁴. La aplicación de esas experiencias al estudio del mundo de las brujas desemboca en la reivindicación de un método que el propio autor no duda en considerar estructuralismo o funcionalismo histórico:

Al dar a mi libro el título que le he dado, he procurado subrayar mi interés por este problema *estructural* por no decir *funcional*, ya que la primera palabra parece estar ahora más en boga que la segunda y ya que también los llamados funcionalistas en el campo de la Antropología han simpatizado poco a los que estudiamos temas como éste desde un punto de vista que llamarían de anticuario, no sin cierto desdén. Creo, sin embargo, que hoy día estamos en situación de hablar de algo que podría llamarse «estructuralismo» o «funcionalismo» histórico¹⁵.

¹² J. Caro Baroja, *Los moriscos del reino de Granada*. Madrid. Istmo. 1985 (1957), p. 33.

¹³ J. Caro Baroja, *ibidem*, p. 34.

¹⁴ J. Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, *edón. cit.*, p. 11.

¹⁵ J. Caro Baroja, *ibidem*, pp. 12-13.